

**MARIAN,
MI PEQUEÑO VOLCÁN**

Alicia Choin

**MARIAN,
MI PEQUEÑO VOLCÁN**

**ESDR JULIA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2019

© Alicia Choin Malagón, 2019

© Esdrújula Ediciones, 2019

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de cubierta: Beatriz del Álamo

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1390-2019

ISBN: 978-84-17680-31-2

Impreso en España · Printed in Spain

Nota de la autora

Este libro, aunque basado en hechos reales, no pretende ser un reflejo fiel de cómo ocurrieron las cosas, ya que el tiempo puede matizar los recuerdos y la memoria.

Pido disculpas a todas esas personas muy importantes en mi vida que aparecen poco en el libro o no salen en él. Ocupan un lugar muy especial en mi corazón, pero la novela transcurre en dos épocas de mi vida en las que es posible que no las conociese o que, aunque muy presentes en ese momento cronológico, lo hayan estado en otra faceta.

Quiero decirles a todas las personas que se incluyen en el libro que esta novela la he escrito desde mi más profundo amor a la vida y a ellos, y espero que su aparición en él les haya gustado.

Vivimos con la idea de que seremos eternos. Quizás por eso pasemos por la vida adquiriendo cosas. Cuando nos vayamos, se las dejaremos a nuestros seres queridos y seguiremos estando ahí: nuestras fotos, nuestra casa, ese libro que tanto nos gustaba o los pendientes que llevé aquel día tan especial. Y, cuando eres padre o madre, esas ansias de seguir aquí aumentan aún más. Nos negamos a irnos sin asegurarnos antes de que seguiremos cuidando de nuestros hijos con el recuerdo que tengan de nosotros.

Nací el 5 de agosto de 1975 en una calurosísima noche cordobesa. Nunca me gustó trasnochar y, como si de una paradoja se tratase, vine al mundo a la 1 de la mañana. Os diría que nací, como todos los niños de la tierra, gracias a mi padre y mi madre que decidieron traerme al mundo. Pero lo cierto es que, desde que tengo uso de razón, tengo claro que estoy aquí gracias a mi abuela Mariana. Al igual que vosotros, Fernando y Luis, estáis también gracias a Mariana.

Con el tiempo te das cuenta de que no siempre tienes que tener alguien a tu lado para quererlo y que hay personas que están muy lejos y, sin embargo, quieres con locura. Nunca

conocí a la abuela Mariana, pero cada vez que pienso en ella no puedo evitar emocionarme y que se me escapen unas lágrimas. He escuchado la historia mil veces y he preguntado por ella al menos dos mil, en un intento de averiguar algo más. Pero casi todas las voces que podían recitármela, como si de un cuento se tratase, ya se apagaron. Y ahora me arrepiento, como de tantas cosas nos arrepentimos, de no haber indagado más, de no haberle agradecido lo suficiente todo lo que le debo. Incluso en estos momentos, escribiéndoos esta carta, no puedo evitar que se me empañen los ojos y un temblor me recorra todo el cuerpo.

Hace poco le pedí, casi le supliqué a la tita Maricarmen, que me contase lo que recordaba de su madre. «Bueno, yo solo tenía 6 años cuando murió», me contestó, y en realidad esa era la respuesta que me esperaba. Y añadió: «Nos dijeron al tito Carlos, que tan solo tenía 4 años, y a mí que entrásemos al dormitorio para darle un beso y despedirnos. La tita Marian, 9 años, estaba en Íllora y se enteró después. Lo siguiente que recuerdo es el ataúd por las escaleras y a un bebé de tres días, tu padre, llorando desconsoladamente desde la cuna de una habitación».

El abuelo Carlos era un joven maestro. Estaba en un parque de Granada y vio por primera vez a Mariana y a sus hermanas vigiladas por una señora que las acompañaba. Habían venido a la capital a pasar el día desde Íllora, su pueblo, y tres señoritas de «buena familia» no podían estar solas. En seguida, Carlos, quedó prendado de la dulzura de Mariana. Siempre me dijeron que no fue una mujer guapa, pero al parecer desprendía una gran ternura desde su aspecto frágil y pequeño. La verdad es que desconozco todo lo que vino

después, cómo se las ingenió Carlos para quedar con ella, conocerla... Cómo se hicieron novios y se comprometieron... Me he inventado la historia millones de veces. Me imaginaba a mi abuelo quitándose el sombrero al ir a recogerla a Íllora en un acto de caballerosidad, hablando con ella a través de la reja y los geranios. Esa imagen de la galantería en la que siempre pensamos... Mi tía abuela María Luisa, y hermana de Carlos, me contó que cuando mi abuelo fue a pedir la puerta al padre de Mariana (formalizar las relaciones con la joven), se puso tan nervioso que le vomitó en los pies.

Se casaron, pasaron varios años, supongo que felices (siempre los imaginé felices), y tuvieron tres hijos: Marian, Maricarmen y Carlos. En el último parto, el médico del pueblo y amigo del maestro D. Carlos, como era habitual en aquella época, los reunió a los dos y les dijo que Mariana ya no debía tener más hijos. Estaba muy enferma del corazón y no soportaría un cuarto embarazo o parto. Por lo visto, la pareja renunció durante un tiempo al placer de la carne, pero la tentación pudo más y supongo que nunca somos conscientes de los peligros que nos acechan cuando nosotros nos sentimos fuertes. Mariana quedó de nuevo encinta. En cuanto el médico le confirmó su embarazo le dijo que estaba tan solo de un mes; ni siquiera el feto estaba formado; si le practicaba un aborto, nadie se enteraría; tenía tres hijos y marido; si seguía adelante con el embarazo, moriría durante este o al nacer el niño. Pero Mariana era una mujer de profundas convicciones religiosas y pensó que, si tenía que morir, moriría, pero no mataría a su hijo.

Esa frase de mi abuela la he oído miles de veces llamando a mi puerta. Nunca he dejado de imaginarme cómo sería el

embarazo de Mariana, qué pensaría cada día, su mirada perdida en el horizonte. Cómo acariciaría los cabellos de Marian, Maricarmen y Carlos, pensando que a lo mejor nunca los volvería a ver. Las palabras que susurraría a su vientre en un intento de que el niño que allí se estaba gestando no olvidase nunca que ella lo quiso como si lo hubiera criado, llevado al colegio, arropado por las noches...

Mi padre, vuestro abuelo, nació en la calle Recogidas, en una casa que había en lo que hoy son los famosos almacenes Zara. Tres días duró el sufrimiento de Mariana. Y allí quedó mi padre. Siempre pensé que una de las peores cosas que pueden ocurrir en la vida es nacer sin madre. Es algo que se escapa a toda lógica. Me contaron que mi tío Carlos buscó durante mucho tiempo a su madre detrás de las puertas. Al parecer solían jugar al escondite y ella se escondía ahí. También me he preguntado millones de veces qué pensaría mi abuelo Carlos cuando viera a mi padre, qué sentimientos se le pasarían por la cabeza y toda la tristeza que llenaría su alma.

José Luis, Pepe Luis para el resto de la humanidad, aunque a él no le guste, se crió los primeros años de vida principalmente con sus abuelos paternos (el abuelo francés Charles y su mujer Pepita), la hija soltera de ambos, María Luisa, y su otra hija, Paquita, y marido Indalecio, que no tenían hijos. Cuando era niña, me encantaba tumbarme al lado de mi padre a la hora de la siesta y pedirle que me contase historias de su infancia. A pesar de haber llegado al mundo de esta forma tan trágica, me atrevería a decir que mi padre tuvo una infancia feliz, con dos padres «Indalecio y Carlos» y tres madres «mi adorada abuelita Lola (segunda mujer de Carlos), la tía Paquita y la tía María Luisa». Recuerdo que,

cuando era niña y mi padre intentaba convencer a mi madre, Alicia, de que le estaba contando la verdad de algo serio, siempre le decía: «Te lo prometo por el recuerdo de mi madre». Y entonces se me hacía un nudo en la garganta y pensaba lo triste que habría sido que yo no hubiese tenido ni un recuerdo de mi madre si me hubiese pasado lo mismo que a mi padre, que solo coincidió en este mundo con la abuela Mariana tres días. Ahora entenderéis por qué os digo que estáis aquí gracias a la abuela Mariana.

Vine al mundo con *forceps*. Era un bebé feo. Lo sé. Incluso llegué a escuchar que era verde, lo que en parte habría explicado mi tendencia extraterrestre fundamentada en muchas de las rarezas que tengo... Pero parece que ese color debió de ser más bien morado por no haber respirado bien a causa de la dificultad del nacimiento. Era pequeñita (en realidad no ha cambiado mucho la cosa) y pesé dos kilos y medio al nacer. Todavía hoy tengo la duda de si fui un bebé deseado. Supongo que nací apadrinada por la muerte de mi hermano mayor, Indalecio David. La particularidad de su primer nombre se debió, como habréis imaginado, al reconocimiento y adoración de mi padre, y también de mi madre, al tío Indalecio, un padre para vuestro abuelo y una de las personas que, junto a Mariana, más he querido en el mundo sin haber tenido el placer de conocerle en persona. Indalecio David murió con tres meses de edad cuando mi madre solo contaba 20 años. Durante más de dos años intentaron quedarse embarazados de nuevo. Supongo que les recomendaron que la llegada de otro niño lograría paliar el inmenso vacío y dolor ocasionado por la pérdida de su hijo. Así, por circunstancias de la vida, pasé a convertirme en la primogénita de la familia, cuando en

realidad me habría correspondido el segundo puesto. Siempre me pregunté si mis padres se quedarían decepcionados al ver que era niña y no niño. Si ellos esperarían en realidad tener un segundo Indalecio David, como si solo hubiese sido un paréntesis y él estuviese ahí esperando a que llegara su turno, como si la vida les estuviese dando una segunda oportunidad...

Tal y como era habitual en esa época, sobre todo con los niños varones, me pusieron el nombre de mi madre, Alicia. La noche que nací mi madre enfermó; le entraron unos sudores fríos rarísimos y una tiritera espantosa. Mi abuela materna, Antonia, que estaba cuidando del bebé y de su hija en la clínica, como era la costumbre, en seguida se acordó de una de esas historias de chimenea. No podía consentir que a su hija le pasase lo mismo que a aquella desafortunada chica que murió tras el parto por una tiritera terrible. La abuela Antonia era una mujer joven (49 años) y, aunque muy trabajada por el campo, salió, con su vestido y alpargatas, rauda y veloz hasta que dio caza a la matrona que, de madrugada, había terminado el turno. Para ello, tuvo que saltar con empeño olímpico una valla, de lo cual pueden dar fe los ojos testigos de vuestro abuelo José Luis (más conocido por vosotros como «Cacu»).

De mis primeros meses de vida sé poco. Sé que una tarde, mientras mis abuelos y mis padres dormían la siesta, hubo un terremoto y salieron todos los vecinos en calzoncillos a la calle. En Córdoba solo viví 3 o 4 meses, en los pabellones militares.

II

No sé cómo no tuve la sospecha. Yo, que siempre he sido tan intuitiva... Muchos amigos me han llegado a decir incluso que tengo dotes de bruja. Mis primos Raúl y Tata, y mi amigo Juan Antonio me regalaron una bola de cristal por mi 23 cumpleaños... Pero, no, no se me pasó por la cabeza la causa del malestar de Marian. ¿Sería celiaca como tú, Fer? ¿Por eso le sentaba tan mal la comida? ¿Quizás siempre lo fue?

Era mediodía. Estaba cocinando y sonó el teléfono. Los teléfonos deberían advertirnos y sonar diferente según la noticia que nos vayan a dar: buena o mala. Pero no, sonó igual que todos los días y no sospeché nada. Era Marian. «Ali, ¿te acuerdas de la internista que se preocupó por mí? ¿La que ordenó que me hicieran la endoscopia y salió que solo tenía gastritis? ¿Te acuerdas también de que me mandó hacer un TAC? Pues bien, me ha llamado y dice que quiere hablar conmigo mañana, que no tiene que trabajar porque libra, pero que vendrá al hospital expresamente para que nos reunamos».

Fue como si una manada de bisontes hubiese entrado en mi casa pisándolo todo. Y entonces mi intuición sí funcionó: Marian estaba muy enferma.

En ese momento nos escribió Vanesa a Elena y a mí un WhatsApp desde Perú. Las dos amigas son extremadamente importantes en mi vida. Pero no podía contestar. Estaba bloqueada, como si un puñal hubiese entrado por la ventana y me hubiese clavado a mis peores miedos. La llamada de mi madre no se hizo esperar. «Voy a coger el primer autobús a Madrid. Mañana iré con tu hermana a hablar con la internista». Supongo que aquella tarde se me hizo eterna. A la mañana siguiente, otra llamada avanzadilla confirmaba mis sospechas: «Ali, la internista dice que tengo un tumor y me tienen que hacer otra endoscopia. No se sabe si es bueno o malo».

Mi madre se quedó en Madrid unos días y regresó. Ese fin de semana era la «boda de los ingleses». La hija del Duque de Wellington se casaba con la primera fortuna colombiana y una de las mayores del mundo en la iglesia de Íllora. No escogieron la isla privada de él ni sus muchos palacios por todo el mundo. Aquel monumento de Diego de Siloé era patrimonio nacional. A mí me importaba un pimiento la boda, la verdad. Nunca he sido propensa al fenómeno fan, pero quería estar con mis padres, alejar en la medida de lo posible sus fantasmas, por lo menos aquel fin de semana. Me llevé también a vuestro amigo Gonzalo. Los niños tenéis esa capacidad anestesista de mitigar el dolor. Hacía un frío espantoso. Era como si los ingleses se hubiesen traído su tiempo a pesar de que era finales de mayo. Me arreglé para la ocasión. La tita Celia y mi madre esperaron a los pies de la iglesia. Yo preferí irme con mi padre, mi hermano Carlos y vuestro tío Antonio a la terraza del bar para ver pasar a los novios y los invitados. Desfilaron muchos famosos ante la ovación de la plebe: el rey

emérito de España, Camila Parker, James Blunt... Tú, Fer, no parabas de toser. Era una tos terrible en cascada y decidí que era mejor que nos fuésemos al cortijo. Llovían *cats and dogs*, como dirían los ingleses, y os refugiasteis con vuestro amigo Gonzalo debajo de un paraguas negro. El cielo de Inglaterra había sido el invitado no deseado en la ilustre boda de Íllora. Tuve la sospecha de que esa tos no era normal.